

Artículo publicado en la revista "TIEMPOS DE PAZ" N° 70
Autores: Maribel Alcázar y Jaume Obrador, vice-presidenta y presidente
de "Veïns Sense Fronteres"

BURUNDI: ENTRE EL TEMOR Y LA ESPERANZA

DE LA DEMOCRACIA A LA GUERRA CIVIL

En marzo de 1992 entra en vigor una nueva constitución, acabando con 21 años del UPRONA como partido único. En el mes de abril, un decreto-ley autoriza los partidos políticos, prohibiendo expresamente los de carácter étnico.

Las nuevas agrupaciones políticas reclamaron un período de dos años antes de la celebración de elecciones, pero a las fuerzas de la oligarquía político-militar tradicional en el poder, agrupadas en torno al partido único, la UPRONA, y lideradas por el dictador, el comandante Pierre Buyoya, junto a las potencias democráticas occidentales que apostaban claramente por ésta fuerza oligárquica, consideraron más oportuno que se celebraran rápidamente para no dar tiempo a estas nuevas formaciones políticas para organizarse.

Pese a todo, en el interior del país soplaban aires nuevos y tanto en las elecciones presidenciales celebradas el 1 de junio de 1993, como en las legislativas, celebradas el 29 del mismo mes, la victoria de una nueva fuerza, liderada por Melchior Ndadaye, el "Frente para la Democracia en Burundi" (FRODEBU), con el slogan "Burundi Bushasha" (por un Nuevo Burundi), fue aplastante e indiscutible y reconocida tanto por el presidente perdedor, Pierre Buyoya, como por los observadores internacionales que hicieron el seguimiento electoral.

RESULTADOS ELECTORALES		
Elecciones presidenciales (01-06-1993)		
Melchior Ndadaye	64,79 % de los votos	
Pierre Buyoya	32,47 % de los votos	
Pierre-Claver Sendegeya	1,44 % de los votos	
Elecciones legislativas (29-06-1993)		
Elección de 81 escaños		
FRODEBU	65 escaños	8 tutsi 57 hutu
UPRONA	16 escaños	4 tutsi 12 hutu
Ningún otro partido llegó al 2 %		

Antes de la investidura de Ndadaye ya se produjeron las primeras revueltas militares. El 21 de octubre de 1993, sólo 100 días después de la investidura, un centenar de militares atacaron el palacio presidencial. Ndadaye fue torturado y asesinado, junto a quienes podían sucederlo constitucionalmente, el vicepresidente y el presidente de la

Asamblea Nacional, junto a varios miembros de su gobierno.

La respuesta popular fue inmediata y contundente. La población interpretó los hechos como la voluntad de un nuevo genocidio contra la comunidad hutu y contra las ansias de libertad y democracia del conjunto de la población. Salió a la calle y a los caminos, armada con machetes y palos, cortó puentes con troncos de árboles para impedir la llegada del ejército y muchos volcaron su furia contra sus vecinos tutsi. La actuación de ejército tampoco se hizo esperar. El resultado fue escalofriante: 150.000 personas fueron asesinadas en muy pocos días, 800.000 tomaron el camino del exilio como refugiadas hacia Rwanda, Tanzania y el Zaire y unas 250.000 fueron reagrupadas por el ejército en campamentos de desplazados por todo el país.

Pese a todo, dos días después, desde el palacio de Kigobe, la primera ministra Sylvie Kinigi y los ministros supervivientes lograron recomponer el gobierno y consiguieron recuperar formalmente el poder, en parte por las presiones de las instituciones internacionales y las grandes potencias que tenían muy difícil dar apoyo formal a los golpistas. La Asamblea Nacional, gracias a una enmienda de carácter electoral, decidió elegir para la presidencia de la República a la persona propuesta por 78 de los 79 diputados, un joven dirigente del FRODEBU, de origen hutu, llamado Cyprien Ntaryamira. Después de presiones, nuevas amenazas de golpe de estado e intensas negociaciones, el 5 de febrero de 1994 Ntaryamira era investido nuevo presidente del país.

Pero este mandato tampoco fue muy largo. El 6 de abril de 1994 Ntaryamira moría junto al presidente rwandés, Juvenal Habyarimana, cuando el avión iniciaba su aterrizaje en el aeropuerto de Kigali procedente de Arusha, en donde se había discutido sobre el proceso de paz en Rwanda. Este doble magnicidio fue la chispa que desató el genocidio en Rwanda que costó la vida unas 800.000 personas, la mayoría de ellas de origen tutsi, y de no pocas de origen hutu consideradas como moderadas.

Nada más conocer la noticia de su muerte y ante el temor de una nueva respuesta popular incontrolada, en la misma sala VIP del aeropuerto de Bujumbura donde era esperado el Presidente, los miembros del gobierno eligieron como nuevo Presidente de la República con carácter provisional a Silvestre Ntibantunganya, entonces Presidente de la Asamblea Nacional, aunque su interinato se fue prolongando por dificultades de acuerdo entre las diferentes partes implicadas hasta que en el mes de septiembre del mismo año 1994 todos los partidos firmaron una Convención Gubernamental que lo confirmaba como Presidente.

Mientras Rwanda, el país vecino, estaba sumida en una guerra de enormes consecuencias regionales, en Burundi el Presidente interino Silvestre Ntibantunganya tuvo que negociar una Convención gubernamental que suponía en la práctica un secuestro del poder político por parte de la oligarquía tradicional, quedando siempre sus decisiones pendientes de la validación por el Primer Ministro, representante de las fuerzas del antiguo régimen. Mientras, en las calles de Bujumbura y de otras ciudades del país, los extremistas pro-antiguo régimen declaraban huelgas salvajes, paralizaban la vida económica y social y se entregaban con afán a una limpieza selectiva de cuadros e intelectuales miembros o cercanos al FRODEBU y defensores de la democracia y de los derechos humanos. En esta nueva ola de asesinatos selectivos perdieron la vida Ernest Kabushemeye, Ministro de Minas, 23 parlamentarios, 8 gobernadores, 40 alcaldes y el arzobispo de Gitega, Joachim Ruhuna. Barrios de la capital, como Kamenge y Kinama, fueron balcanizados y buena parte de su población tuvo que huir, generalmente hacia el ex-Zaire o a otros lugares del interior del país. En el campo las cosas no eran más fáciles. Con la excusa de perseguir rebeldes se atacaban las colinas, se destruían y quemaban las casas, se asesinaba y se sembraba el caos.

Paralelamente, significados miembros de las llamadas “Fuerzas de Cambio Democrático” llegaron a la conclusión de que la resistencia democrática de carácter pacífico no conducía a ninguna parte y que era la hora de presentar una oposición armada para controlar la situación y restablecer el orden constitucional, con la idea de apoyarse en lo esencial del ideario de Ndadaye. Así nació, liderado por el Ministro del Interior Leonard Nyangoma, “el Consejo Nacional de Defensa de la Democracia” (CNDD) con su brazo armado “las Fuerzas de Defensa de la democracia” (FDD), que, junto al “Partido de Liberación del Pueblo Hutu” (PALIPEHUTU) y al “Frente de Liberación Nacional” (FROLINA), nacidos con anterioridad, formaron el paisaje de la resistencia armada.

A principios de 1996 Sylvestre Ntibantunganya había perdido totalmente el control de la situación. El 25 de junio de ese mismo año, en la Cumbre de Arusha, realizó solemnemente, responsabilizándose ante su pueblo, la petición formal de una fuerza internacional de interposición y de pacificación. Ante la amenaza de que esa petición de ayuda, que fue aceptada por los jefes de estado de la región, fuera enviada, las fuerzas de la oligarquía tradicional optaron por dar un golpe militar que restableciera en el poder al Comandante Pierre Buyoya, verdadero estratega de todo el proceso.

Del proceso de preparación del que puede ser considerado como un solo golpe de estado, cabe destacar la estrategia de continua desestabilización, la decapitación de las instituciones democráticas, la movilización periódica en milicias paramilitares de jóvenes radicales, como los “Sans-échec” o “Sans défaite”, que paralizaban la ciudad con la fórmula conocida como “ciudad muerta-ville morte”, el genocidio selectivo, la limpieza étnica de barrios de la capital, de la universidad y de los centros de educación secundaria, además de matanzas indiscriminadas y movimientos de población refugiada fuera de las fronteras y desplazada en el interior del país.

NATURALEZA POLÍTICA DEL CONFLICTO

Más allá de las causas aparentes y de las esgrimidas por cada una de las partes implicadas en el conflicto, hay unas causas profundas que definen claramente la naturaleza de este conflicto. Esta definición adquiere importancia en la medida en que determina las posibles soluciones y también porque condiciona nuestra valoración y nuestra posición frente al mismo.

La historia de un pueblo como arma de dominación

Este pequeño país, enclavado en el corazón de los Grandes Lagos africanos, tiene una extensión de 27.834 km², semejante a la de Cataluña. Está situado a una altitud media de 1.500 m. y cuenta con una población total aproximada de unos 6 millones y medio de habitantes, de la cual sólo puede considerarse urbana el 8%, mientras que el resto vive de la agricultura de subsistencia tradicional. La tasa de analfabetismo alcanza el 48% de la población, aunque cabe suponer que se habrá incrementado con la guerra. Pero tal vez lo más destacable sea lo que se ha considerado como su composición étnico-social: un 14% de origen tutsi, un 1% de origen twa o pigmeos y un 85% de origen hutu.

El carácter oral de la tradición burundesa comporta una extraordinaria vulnerabilidad a su memoria histórica. Ha sido relativamente fácil transformar la imagen que los burundeses tenían de sí mismos e introducir una interpretación etnicista de la historia de Burundi. Un primer paso lo encontramos ya en 1907, con la creación del “Instituto Colonial” alemán de Hamburgo. Desde allí se hizo una interpretación racista de las formaciones sociales africanas, de acuerdo con las tendencias de la época. Los caracteres físicos serían el factor determinante y servirían para considerar a los catalogados como tutsi, de labios delgados y nariz fina, más próximos al estereotipo racial europeo, como los más evolucionados y, por lo tanto, los más aptos para colaborar con el nuevo poder colonial. La tutela belga, establecida en 1919 por la Sociedad de las Naciones, y la intervención de la iglesia católica, gran colaboradora del poder colonial, que se orientó básicamente a la conversión de los jefecillos locales tutsi a quienes se les garantizaba la continuidad de su poder local en virtud del cual inducirían las conversiones masivas, acabaron por consolidar de forma difícilmente reversible la división étnica.

La historia universal basada en el eurocentrismo de los conquistadores europeos ya no se sostiene. La historia universal de los pueblos está aún por interpretar, pero cada vez son más las iniciativas que tienden a retomar la lectura de los datos e informaciones que se pueden recuperar de las maltrechas historias orales, como en el caso de Burundi, para recomponer su identidad cultural desde una perspectiva más compleja, lejos de estereotipos y manipulaciones al servicio de intereses oligárquicos y de dominación y, sobre todo, orientada a hacer emerger lo mejor, los elementos de cohesión y todo aquello que pueda aportar experiencias y valores positivos que permitan afrontar los nuevos retos a los que se enfrenta la sociedad actual.

Esta perspectiva cuestiona el carácter étnico de la composición social burundesa antes de la colonización. Se alude a que ciertos rasgos físicos diferenciadores estarían más relacionados con el medio de vida y la alimentación que con posibles inmigraciones y, particularmente con el mito del origen hamita de un supuesto pueblo tutsi. Pero lo que parece cierto es que, al margen de que el origen de las diferencias físicas se deban al medio o a posibles migraciones, el Burundi tradicional era una formación social coherente, en el que tutsi, hutu y twa compartían el mismo territorio (umutumba-colina), la misma lengua (el kirundi), la misma religión (Imana y'Uburundi y su culto al Mediador Kiranga), las mismas instituciones (Umwami i Ubushingantahe-Consejo de Notables o Jueces de Paz) y los mismos símbolos (karyenda-tambor real, urwarwa-cerveza), así como otras características cohesionadoras. Incluso se da una determinada movilidad social a través de la cual se puede cambiar de condición, es decir, se puede dejar de ser hutu para pasar a ser tutsi "ukwihutura" y viceversa. Lo que si parece cierto es que el paso de hutu a tutsi se inscribe en el ámbito de la promoción social porque ser tutsi es sinónimo de más refinamiento, de más riqueza, incluso de más poder basado en una especie de relación de vasallaje a la manera feudal entre el señor tutsi y el campesino hutu. La vaca y la mujer se convierten en los principales instrumentos para hacer efectiva esa promoción social.

¿Por qué tanto interés de parte de ciertos sectores en esta sociedad de castas se transforme en un sociedad de etnias?

Pues precisamente porque las diferencias sociales se pueden alterar a partir de la justicia social y de la democratización del poder y pueden constituirse movimientos ideológicos y políticos de unidad y liberación nacional, como los liderados en su día por el príncipe Louis Rwagasore, considerado como el padre de la independencia de Burundi tanto por los burundeses de origen tutsi como por los de origen hutu.

La división étnica está fundamentada así por los líderes políticos de uno y otro lado sobre diferencias mucho más profundas, en este caso consideradas raciales y de origen familiar e incluso regional, que tienden a consolidar el enfrentamiento a partir de la existencia de una "causa tutsi" y de una "causa hutu" que al competir entre ellas se convierten necesariamente en una amenaza excluyente. Sin duda alguna, esta dinámica social permite a las potencias coloniales manejar mejor esta sociedad durante su conquista y manipularla mejor después de la independencia formal. Todo ello a partir de los temores que genera la amenaza de la existencia del otro.

Algunos factores claves en el proceso de etnificación social y militarización del poder

Vale la pena destacar algunos de los momentos esenciales que han contribuido a consolidar la etnificación social de Burundi y han convertido el miedo en un arma de dominación. En 1922 se dan ya las primeras revueltas para derrocar el orden establecido por el poder colonial. En 1934 se da una de las más significativas, liderada por una mujer conocida con el nombre de Inamujandi, en la región de Kayanza del

norte de Burundi. Parte de la respuesta fue la realización de un censo por parte del poder colonial que obligó a toda la población a ser catalogada como tutsi, hutu o twa, no tanto por su origen étnico sino por su nivel de riqueza. El paso siguiente fue una reforma administrativa por la que todos los cargos administrativos significativos pasaron a manos de la minoría catalogada como tutsi, mientras que la mayoría hutu quedó expresamente excluida.

De entre todos los clanes de origen tutsi el clan Hima, tradicionalmente excluido de palacio y resentido con el poder monárquico tradicional, fue expresamente elegido y preparado para ejercer el poder, especialmente a través del ejército. A este clan pertenecen los 3 dictadores con los que ha contado el país desde su independencia: Michel Micombero (1966-1976), Jean-Baptiste Bagaza (1976-1987) y Pierre Buyoya (1987-1993 i 1996-2001). Además de tener los tres vínculos familiares y proceder de la misma región y colina. Desde Rutovu, al sudeste del país, todos ellos han llegado al poder a través de golpes de estado.

En 1959, poco antes de la independencia (1962), un hecho vendrá a reforzar la supuesta "causa tutsi". Se trata de la revuelta hutu de Rwanda, claramente apoyada por la iglesia católica, pero orientada a la exclusión de los tutsi del poder. De este hecho la población tutsi de Burundi sacará la conclusión de la existencia de la amenaza del "hutu power" y de la necesidad de reservarse un poder absoluto como forma de subsistencia física y política.

Otro factor de gran trascendencia fue el asesinato del príncipe Louis Rwagasore. Hijo mayor de Rey al mismo tiempo que luchador por la independencia, su figura histórica aparece ligada a la de otros líderes africanos con un proyecto de construcción nacional, como Patricio Lubumba en el Congo y Julius Nyerere en Tanzania. En 1961, con la celebración de las primeras elecciones democráticas, pese a su condición de príncipe, Rwagasore se convierte en el primer burundés elegido por las urnas. Sería asesinado poco después, con la complicidad del poder belga. Así, el primero de julio de 1962, Burundi accede a la independencia privado de uno de sus líderes más emblemáticos y capaz de dar cohesión a un proyecto de construcción nacional y superador del proceso etnificación.

Tras el asesinato de Rwagasore la monarquía parlamentaria no tiene ninguna capacidad para controlar la situación política del país. Las destituciones políticas y los asesinatos selectivos de destacados líderes demócratas son la tónica dominante, hasta que en 1966 el capitán Michel Micombero destrona al joven rey Ntare V y se proclama presidente de la Primera República. Micombero disuelve el parlamento y nombra gobernadores militares, todos ellos de origen tutsi.

En 1967 aparece el "Plan Simbananiye", nombre del ex-seminarista y Ministro que preconiza la igualdad numérica entre hutu y tutsi a través del exterminio del 70% de la población del país. En 1969 el genocidio se concentra de manera selectiva en el asesinato de oficiales del ejército y universitarios de origen hutu. En 1972 tiene lugar el primer gran genocidio. La radio y el propio obispo de Bujumbura, Mgr. Michel Ntuyahaga, animan a los grupos radicales de la "causa tutsi" para que participen en "la caza del hombre" sin ninguna protesta por parte del Vaticano, pese a que murieron gran número de sacerdotes y presbíteros. El genocidio empezó por los hutu instruidos, acompañados de los tutsi no afines al régimen. El 23 % de la población, unas 800.000 personas, salieron del país como refugiadas. Bélgica se negó a seguir prestando ayuda, pero la Francia de George Pompidou envió armas e instructores militares. Los crímenes quedaron impunes.

Unos meses después, Jean Baptiste Bagaza, jefe de estado mayor adjunto durante el genocidio, se instala en el poder y decreta la “muerte intelectual”, apartando a los niños y jóvenes hutu de toda instrucción e instaurando un régimen de segregación total con respecto a las personas de origen hutu. En 1980, activistas políticos hutu exiliados en Tanzania fundan el PALIPEHUTU (Partido de Liberación del Pueblo Hutu).

El Comandante Pierre Buyoya toma el poder en 1987 mediante un golpe de palacio y en 1988 se produce un levantamiento hutu en las provincias del Norte, Ntega y Marangara. Extremistas tutsi y hutu se enfrentan y se producen miles de muertos y refugiados. En 1990, en la cumbre francófona de Baule, el presidente François Mitterrand condiciona la ayuda a África a sus procesos de democratización. Pese a una primera resistencia, las presiones internacionales y los ataques guerrilleros que ya sufre el país obligan al dictador Pierre Buyoya a dar signos de cierta apertura. Por este camino se llega a las elecciones democráticas de 1993 que Buyoya pensaba lógicamente ganar y convertirse así en el libertador del país y en un demócrata a los ojos de la comunidad internacional. Sólo que estas elecciones fueron ganadas de forma limpia, aplastante y entusiasta por el candidato del “Frente por la Democracia de Burundi” (FRODEBU), Melchior Ndadaye. La estrategia etnicista se había vuelto en esta ocasión contra el clam Hima y Buyoya no tuvo más remedio que reconocer la victoria del candidato de origen hutu.

Tras la victoria electoral, el recién elegido presidente expresó con claridad su voluntad de superar el etnicismo y de orientar su mandato hacia la reconciliación nacional y la integración de todos los sectores sociales del país. Un gesto significativo y de gran importancia fue el hecho de que ofreciera el 40% de los cargos elegidos a miembros significativos del partido que había perdido las elecciones, la UPRONA, presidida por Buyoya.

El asesinato de Ndadaye sigue impune. Desde el punto de vista histórico, la investigación del magnicidio y del asesinato en el aeropuerto de Kigali del segundo Presidente Ntaryamira, no pueden separarse de la estrategia puesta en marcha hasta llegar al golpe de 1996 por el que fue derrocado el presidente Ntibantunganya. ¿Se trata de dos golpes de estado, uno en 1993 fallido y perpetrado por un sector descontrolado del ejército por el apoyo de una potente trama civil, y otro en 1996 con éxito ante la grave situación de violencia del país? ¿O se trata más bien de una estrategia preparada para justificar una nueva toma militar del poder por parte de la antigua oligarquía político-militar controlada por el clan Hima, al servicio de la cual se utilizan toda una serie de elementos como la decapitación institucional, el genocidio selectivo y la criminalización de toda la sociedad, como forma de justificar una nueva toma del poder por parte de un ejército que, pese a su etnificación, se presenta como el único garante de la seguridad del país?.

El hecho real es que pocos días después del golpe militar de julio de 1996, desgraciadamente no eran pocos los destacados políticos europeos que manifestaban abiertamente que, en cualquier caso, Buyoya era el menor de los males en un país marcado por odios étnicos ancestrales. El etnicismo de nuevo cabalgaba como justificación y como pantalla protectora de voluntades políticas internas y externas a Burundi.

Algunas características del poder económico en Burundi

Según los últimos informes del PNUD, Burundi es el tercer país con un índice menor de desarrollo humano en el mundo. Se calcula que en estos últimos 10 años ha

retrocedido a los niveles de 1980. En el año 2000, fruto de la debilidad interna de la población según la propia OMS, sufrió una epidemia de malaria que llegó a afectar casi al 90% de la población en algunas zonas. Solamente la fertilidad de la tierra y la bondad del clima han impedido que se produzcan hambrunas como las padecidas por Etiopía y Somalia, aunque unos primeros síntomas se daban ya en algunas regiones, también según informes oficiales de la ONU.

Pese a tener una densidad de población de 235 hab./km², todavía el 90% de la población de Burundi vive de una agricultura de pura subsistencia. Si tenemos en cuenta que la mitad de su población tiene menos de 15 años, la perspectiva es aún más complicada. Pero desde la colonización no sólo no se ha hecho nada para estimular la producción en otros sectores como la diversificación de oficios, sino que una parte de las tierras más productivas se destinan al cultivo del té y del café. Estos productos de exportación, especialmente el café, aportan al estado el 90% de las divisas. Por este motivo los cultivos de café están protegidos, son de cultivo obligado para los campesinos que no pueden arrancar sus matas para sustituirlas por otros productos. Sin embargo, nada de esa riqueza revierte en el propio campesinado que vive con una media de unos 20 euros anuales.

Fuera de este marco desalentador, el estado es la otra posibilidad laboral, especialmente el ejército, que en la actualidad cuenta con unos 60.000 hombres, uno de los más numerosos de la región. La educación secundaria y superior se orienta sobre todo hacia la ocupación de cargos administrativos. Precisamente uno de los puntos clave del programa del presidente Ndadaye era la formación secundaria orientada a la diversificación de oficios con el fin de dinamizar otros sectores productivos necesarios para el desarrollo del país y de permitir a una parte de la juventud encontrar una salida laboral distinta fuera de la agricultura y del funcionariado.

Por otra parte el estado garantiza actualmente asistencia médica sólo al 10% de la población, quedando el resto sin ningún tipo de protección. La esperanza de vida media del país no sobrepasa los 43 años en los hombres y los 47 en las mujeres.

El estado es también el controlador de toda iniciativa privada productiva y de los créditos. Esta oligarquía militarista nunca ha estado interesada en el desarrollo del país como conjunto y ha visto en la alfabetización del campesinado una amenaza a su dominio. En este marco, se ha reservado especialmente el dominio de la ciudad como forma de acceso a la modernidad, especialmente de la capital Bujumbura y en menor medida Gitega, el otro núcleo urbano más significativo del país. También para los hutu la ciudad ha sido un espacio de acceso al desarrollo y de hecho, pese a la política de exclusión, se ha instalado en barrios periféricos como Kamenge y Kinama.

Situado en el corazón de África, el control del puerto en el lago Tanganika y del aeropuerto, uno de los mejores de la región por sus condiciones climáticas muy estables, es también elemental para el poder económico. Se trata de dos puertas de acceso al corazón de África y de zonas de paso de parte de los productos minerales que salen del Congo, además de ruta de tránsito de otros productos africanos camino de los puertos del Índico.

Otra de las características de este cuadro económico es el papel desarrollado por la propia guerra civil. Si la guerra ha sido ruinoso para mucha gente, también ha habido quien se ha enriquecido con el tráfico y transporte de armas, con el robo y el saqueo. con la apropiación de tierras y bienes de los refugiados y muertos e incluso con desviación de ayuda humanitaria. Para algunos, ser uno de los países más pobres del mundo resulta rentable, especialmente por la posibilidad de apropiarse y desviar

buena parte de la ayuda oficial. Hay burundeses contratados por las grandes agencias humanitarias que cobran más que el Presidente del país y una parte de la ayuda alimentaria oficial se desvía y se revende en el mercado local a precios más bajos que los productos locales sin llegar nunca a la población destinataria que realmente la necesita. Indudablemente estos sectores están interesados en la prolongación del conflicto y de la miseria.

GUERRA CIVIL Y NEGOCIACIONES DE PAZ

Burundi ha vivido durante los últimos 10 años una guerra civil, además de las enorme pérdidas humanas y la destrucción material, ha fragmentado su tejido social tradicional y ha roto los elementos de cohesión de forma profunda. El país se ha convertido en un hervidero de rumores, traiciones y miedos en el que cualquier acusación basta para enviar a alguien a la cárcel sin causa determinada o en donde buena parte de las diferencias personales se pueden arreglar con la muerte física del oponente.

La militarización del país es evidente. A un ejército de 60.000 hombres hay que sumar en torno a 12.000 miembros de los grupos de resistencia armada, lo que supone el 1,10 % de su población total. Si tenemos en cuenta, como hemos dicho antes, que la mitad de la población tienen menos de 15 años, nos encontramos con que el país tiene el 2,21 % de la población de más de 15 años militarizada, sin contar los numerosos grupos paramilitares que operan en el país, entre ellos los llamados “guardianes de la paz”.

Este enorme contingente de juventud militarizada forma parte de un sector potencialmente productivo que, estando en período de formación, debería ser el motor del desarrollo, sin embargo, dado que una buena parte no supera los 20 años de edad, se puede hablar de una generación que está pasando su adolescencia aprendiendo que el poder está en el cañón de su arma.

La guerra también ha afectado enormemente a los presupuestos del estado. Así, en un país donde el 90% de la población vive de la agricultura, el Ministerio de Educación recibe tan solo el 0,5% del presupuesto, mientras que el Ministerio de Defensa recibe hasta el 22,2%.

Otra consecuencia de este proceso es la ruptura de la confianza entre la clase política y el conjunto de la población que ve en ella a un grupo marcado por el interés y el enriquecimiento personal y muy alejado de las necesidades extremas del pueblo. Como respuesta a esta incapacidad de la clase política para garantizar los mínimos de subsistencia de una buena parte de la población, han surgido organizaciones sociales que trabajan tanto en el ámbito de la atención de urgencia a los sectores más vulnerables, como en el apoyo o impulso a pequeños proyectos de desarrollo y, especialmente, en la reconstrucción del tejido social y de los elementos de cohesión interétnica, como más adelante veremos.

Por lo que se refiere a las partes en conflicto, pese a que en determinados momentos ha habido una cierta confusión sobre la identidad real de grupos de resistencia armada y de resistencia política e incluso sobre las divisiones internas en el bloque de la oligarquía tradicional, el mapa de las alianzas políticas ha quedado más o menos como sigue:

GRUPO	CARACTERÍSTICAS
--------------	------------------------

G-10	Formado por 10 grupos, liderados por la UPRONA, representativos de distintas tendencias de la oligarquía tradicional, desde los más radicales a los más moderados. Durante las negociaciones de Arusha se presentaron en bloque e hicieron gala de unidad y cohesión.
G-7	Formado por 7 grupos, liderados por el FRODEBU, y conocidos como la Fuerzas de Cambio Democrático, que han jugado un papel de oposición política a la dictadura. En las negociaciones de Arusha llegaron a formar un bloque compacto, fruto del cual salió gran parte de las propuestas del documento de Acuerdo de Paz de Burundi firmado en el año 2000.
EJÉRCITO	Considerado por los grupos de oposición armada como el poder real del país, liderado personalmente por el Mayor Pierre Buyoya, ha jugado un papel determinante en todo el proceso, ayudado por los grupos paralimitares.
PALIPEHUTU -FNL	Grupo de oposición armada creado en el seno de la diáspora burundesa en Tanzania. Su área de operaciones se concentra actualmente en torno a la capital Bujumbura y su área rural. Se trata del segundo grupo en importancia formado por unos 2.000 combatientes, pero fuertemente cohesionado y organizado hasta el punto que, en determinados momentos, ha llegado a poner en vilo a la capital y ha mantenido un cerco permanente sobre la misma. Ausente de las negociaciones de Arusha y de las negociaciones de “alto el fuego”, nadie sabe realmente cual será su posición, aunque condicionan claramente su actividad a la reforma del ejército.
CNDD-FDD	Nace del seno del propio FRODEBU y de los otros pequeños grupos coaligados en 1993 con él, a partir del análisis de los intentos por controlar la situación tras el asesinato de Ndadaye, considerando el gobierno del presidente Ntibantunganya como cautivo del verdadero poder del país, el ejército. Su principal área de actuación ha sido el centro y sur del país, pero han estado presentes en la mayor parte del territorio nacional. Actualmente es el grupo de oposición armada más importante del país y cuenta con unos 12.000 combatientes y un gran apoyo de la población. Ausente de las negociaciones de Arusha, exigieron una negociación directa con el ejército. El pasado 8 de octubre 2003 el Presidente del CNDD-FDD, Pierre Nkurunziza, firmó en la ciudad sudafricana de Pretoria un acuerdo efectivo de “alto-el-fuego” con el Gobierno de Transición presidido por Domitien Ndayizeye.
OTROS GRUPOS	Otros actores que han tenido un papel significativo en distintos momentos del proceso: <ul style="list-style-type: none"> • El partido PARENA dirigido por el ex-dictador Jean-Baptiste Bagaza, a quien Buyoya ha sometido en diversas ocasiones a arresto domiciliario; • Grupos escindidos de los grupos guerrilleros como la escisión del PALIPEHUTU-FNL protagonizada por Alain Mugararabona, la del CNDD dirigido por su fundador Léonard Nyangoma y la protagonizada en el seno del CNDD-FDD por su sobrino Jean-Bosco Ndayikengurukiye. Estos grupos se han integrado en las negociaciones políticas, al quedar claro que no tenían prácticamente personal armado actuando sobre el terreno.

Cómo suele ocurrir en este tipo de guerras, los ataques de los guerrilleros son respondidos por el ejército contra la población civil de la zona, acusada de dar apoyo a la guerrilla. Para la población civil, el paso de los grupos guerrilleros ha supuesto también la confiscación de buena parte de sus menegadas reservas de comida para la alimentación de dichos grupos y el contraataque por parte del ejército regular,

consistente en el saqueo y la destrucción de sus casas, además del asesinato de muchos hombres y jóvenes, cuando no de mujeres, niños y ancianos.

Una de las respuestas más cruel fue la creación por parte del ejército de los llamados “campos de reagrupamiento forzoso”, lo que le valió una condena por el Consejo de Seguridad de la ONU y de la Unión Europea. Se trataba de la aplicación de la vieja estrategia de “tierra quemada”, en virtud de la cual miles de campesinos fueron sacados de sus colinas y reagrupados por la fuerza bajo el pretexto de ser protegidos de los combates. En realidad se les concentraba en numerosos lugares sin protección física y sin ningún tipo de asistencia y se les disparaba sin compasión en caso de intento de huida. De estos campos se cuentan horrores de violaciones de mujeres por soldados enfermos de SIDA, mutilaciones y otras acciones de una crueldad que recuerdan a los campos de exterminio nazis. Estos campos llegaron a albergar a más de 800.000 personas a lo largo y ancho de todo el país, pero tal vez el lugar más significativo ha sido la zona de Bujumbura rural. Algunos, los más visibles, fueron desmantelados poco antes de la visita del Mediador en el conflicto burundés, Nelson Mandela en el 2000.

Otra de las consecuencias importantes es el problema de los presos. En Burundi hay en la actualidad unos 9.000 presos, en algunos casos niños, la mayor parte de ellos de carácter político. Muchos de ellos ni siquiera conocen de qué son acusados después de años de cárcel. Basta la acusación de alguien para que una persona pueda ser detenida. También es habitual la práctica de malos tratos y torturas durante el proceso de detención, así como las desapariciones de personas. Pese a las presiones internacionales, se han consumado sentencias a muerte sin garantías procesales, entre ellas la de Stanislas Mashini, el único pigmeo del país con estudios superiores, y la de Firmat Niyonkenguruka, director de la escuela de Kibimba (Junta a la carretera que va de Bujumbura a Gitega), que junto a otros cinco fueron colgados públicamente el 31 de julio de 1997, por orden del dictador Pierre Buyoya. Otras penas de muerte fueron ejecutadas en el 13 de febrero de 1998 (7 personas), el 14 de mayo de 1999 (5 personas) y el 27 de julio de 1999 (1 persona). Actualmente hay unas 200 personas condenadas a muerte pendientes de la ejecución o quizás de una amnistía.

Los efectos de la guerra se pueden observar también en el paisaje. Por cualquier parte se encuentran casas destruidas y colinas taladas y quemadas. Los restos de los campos de reagrupamiento son visibles y en algunos casos han conformado una especie de pueblos nuevos en vez de la tradicional dispersión de casas en las faldas de las colinas. También en la capital han surgido nuevas zonas habitadas, algunas de ellas pobladas mayoritariamente por mujeres y niños pequeños, ya que los varones mayores de 15 años fueron asesinados por el ejército o reclutados por la guerrilla. La pobreza de estos poblados suele ser extrema.

La guerra civil de Burundi se enmarca además en el conflicto regional de los Grandes Lagos. No vamos a entrar aquí en un análisis a nivel regional, pero son indudables las conexiones con la situación de la región. En este marco el enfrentamiento étnico sale reforzado por tratarse de una estrategia regional que sirve de pantalla al choque de intereses por el control de la región entre la francofonía y la anglofonía. No hay que olvidar que el atentado que costó la vida al presidente de Rwanda Juvenal Habyarimana, murió también el presidente de Burundi Cyprien Ntaryamira, sucesor de Melchior Ndadaye. El genocidio de Rwanda de abril de 1994, que costó la vida a cerca de 800.000 tutsis i hutus considerados como moderados, reforzó la idea de la amenaza del “hutu power” entre los políticos y militares de origen tutsi de Burundi. La Guerra del Congo se presentó también como un enfrentamiento étnico entre los Banyamulenge, de origen tutsi y de procedencia rwandesa, y el régimen de Mobutu. El ex-Zaire no sólo fue escenario de una guerra regional, sino que sirvió de plataforma

para los ataques de las antiguas milicias “interahamwe” rwandesas, reforzando la idea de que los campos de refugiados rwandeses en el este del ex-Zaire eran la plataforma y el escondite de la guerrilla y también la base para la guerrilla burundesa, especialmente del CNDD-FDD.

Por otro lado, el avance significativo de la anglofonía que supone la victoria en julio de 1994 del Frente Patriótico Rwandés en Rwanda (FPR) y la posterior invasión y ocupación de la República Democrática del Congo, especialmente de la región oriental, una de las zonas más ricas en minerales imprescindibles para las nuevas tecnologías, como el coltán, el cobalto, el uranio, etc., incluso el ácido acetilsalicílico utilizado por la Bayer para la fabricación de la famosa aspirina, Burundi queda como el reducto de la francofonía y Buyoya, pese a su pertenencia al clan Hima que está mayoritariamente alineado con la anglofonía, se ha convertido en el único reducto incondicional de Francia.

Tampoco pasó desapercibida la mayor simpatía por la causa guerrillera de Burundi por parte del gobierno oficial de Kinshasa, después de la victoria de Laurent Désiré Kabila, que optó por expulsar a los tutsi rwandeses y dar la espalda a los aliados que le llevaron al poder.

Todos estos aspectos inciden en el conflicto de Burundi, contribuyendo a reforzar a uno u otro bando, de forma que, en parte, la suerte de las negociaciones de paz y de la guerra correrán parejas a los planes de pacificación global de la región, a la correlación de fuerzas y a los intereses geoestratégicos de las potencias del Norte en cada momento.

Las negociaciones de paz

La guerra y los esfuerzos para alcanzar la paz coinciden en el tiempo. A cada fase del conflicto le corresponde una fase para intentar detenerlo. La primera viene marcada por el estallido de violencia que se inició nada más conocerse la noticia del asesinato del Presidente burundés Melchior Ndadaye el 21 de octubre de 1993. Fue una reacción espontánea, mezcla de miedo y de rabia, en la que la violencia se manifestó de forma tal brutal como desorganizada. Las principales víctimas directas fueron la población considerada tutsi, atacada de forma indiscriminada. Este brote de violencia fue perdiendo fuerza por sí mismo y fue claramente condenado por el FRODEBU. La misma noche del asesinato del Presidente, su padre, Pio Ndadaye, considerado como un verdadero “mushingantahe” (notable, hombre de paz), llamaba desde su municipio de Nyabihanga a la paz, pidiendo que nadie derramara una sola gota de sangre en nombre de su hijo porque esa no era la respuesta que él hubiese deseado. Sin embargo, otras voces alertaron del golpe y llamaron a la población a estar vigilante para defender la democracia, como la del doctor Jean Minani, entonces Ministro de Salud del Gobierno de Ndadaye y en la actualidad Presidente del FRODEBU y de la Asamblea Nacional del transición, quien a través de radio Kigali avisó a los burundeses de que el Presidente había sido asesinado y que fueren fieles a su compromiso con la legalidad y la paz. Estas palabras fueron interpretadas por parte del antiguo régimen como un llamamiento a la violencia contra sus representantes.

Otra fase importante se dio entre 1993 y 1996. Además de los enfrentamientos directos entre ejército y guerrilla, lo más destacable de esta fase fueron, sin embargo, los enfrentamientos entre hutu y tutsi en los barrios de Bujumbura, Gitega y Ngozi, junto al asesinato selectivo por parte de grupos extremistas tutsi y milicias paramilitares y los ataques indiscriminados del ejército a los habitantes de las colinas. Las principales víctimas fueron de nuevo personas de origen hutu. Durante esta etapa se corría el riesgo real de convertir la guerra en una lucha étnica al estilo de los

Balcanes. Sin embargo ese intento fracasó. Personas significativas y organizaciones sociales de diferente origen étnico se interpusieron entre los bandos extremistas de uno y otro lado, en ocasiones impidiendo ataques de su propia etnia contra la otra y realizando una labor de reconciliación que ha dado unos frutos magníficos. Podemos decir que lo que en Bosnia intentan hacer los casos azules, en Burundi, sin presencia de cascos azules, lo ha hecho la propia población dirigida por líderes de ambas etnias. Pese a la fuerza del discurso etnicista y su aplicación durante tantos años, en la memoria histórica de la sociedad burundesa aún quedaban elementos de cohesión social para intentar vencer el proceso de balcanización impulsado desde el poder y desde los sectores tradicionales.

Después de esto, especialmente a partir del golpe de estado de 1996 perpetrado por el dos veces dictador, Pierre Buyoya, la guerra entró en otra fase. El enfrentamiento en el seno de la población civil fue perdiendo fuerza y los actores principales del conflicto pasaron a ser directamente ejército y grupos de resistencia armada. Antes del golpe de estado de 1996, los ataques guerrilleros eran valorados de forma más o menos sincera por la clase política como ataques de bandidos y asaltantes (“assailants”). Entre 1994 y 1996, la captura de guerrilleros sirvió también como excusa para justificar los ataques por parte del ejército y de grupos paramilitares como las milicias “Sans échec” a los barrios de mayoría hutu de la capital, como es el caso emblemático de Kamenge que, considerado como el símbolo de la resistencia en el mismo corazón de la capital, quedó literalmente destruido. La población de estos barrios engrosó las filas de los grupos guerrilleros o se refugió al otro lado de la frontera del ex-Zaire hasta el estallido de la guerra en este país a finales de 1996. A partir de este momento los refugiados burundeses, encontrándose entre tres fuegos –los ataques de Kabila al este del ex-Zaire, los nuevos amos de Rwanda y el ejército burundés- bordearon el lago Tanganika hacia el sur y lo cruzaron a la altura de la ciudad tanzana de Kigoma, donde se refugiaron los que llegaron con vida.

El golpe militar de 1996 vino a confirmar las tesis guerrilleras de que el FRODEBU no podía controlar la situación y de que el gobierno de Ntibantunganya estaba secuestrado por el poder oligárquico y militar tradicional y de que había fracasado su intento de negociar de forma pacífica y política con las fuerzas del antiguo régimen. Este primer momento llevó incluso a un enfrentamiento entre algunos sectores del FRODEBU a causa de los que optaron por continuar en Bujumbura al amparo del hecho de que Buyoya necesitaba la presencia interna de una cierta oposición no violenta para mostrar al exterior su supuesto carácter democrático. Una parte de quienes decidieron quedarse y entrar en el juego de la oposición política interna eran ex-ministros y personalidades políticas destacadas del anterior gobierno derrocado. Su opción les valdrá ser acusados de vendidos a la dictadura por sectores guerrilleros y burundeses de la diáspora. También al lado de la oligarquía se dan divisiones y enfrentamientos, como el pulso entre Pierre Buyoya y su primo, el ex-dictador J.B. Bagaza por el control efectivo del ejército y del poder, un pulso que de forma indiscutible ganó Buyoya.

La reacción de las instituciones internacionales con respecto al conflicto y al golpe de estado fue ambigua desde el primer momento. Por una parte los países de la región decretan un embargo que nunca llegará a ser realmente efectivo, al menos en lo que respecta al tráfico de armas. Tanzania acoge a los refugiados burundeses, lo que le valió la acusación por parte del gobierno dictatorial de Burundi de connivencia con la guerrilla y le cuesta algunos enfrentamientos militares en la frontera de Kigoma con el propio ejército de Burundi.

Por lo que respecta a la Unión Europea y los Estados Unidos, la posición frente al golpe de estado se difumina por el estallido de la guerra en la República Democrática

del Congo (RDC). No hay un reconocimiento formal del nuevo régimen de Buyoya, pero tampoco hay una condena expresa del golpe militar ni una respuesta a la demanda de ayuda por parte del depuesto presidente Ntibantunganya. Las posiciones por parte de destacados líderes del Parlamento Europeo tampoco fueron claras, en algunos casos se consideró abiertamente a Buyoya como el menor de los males del país y las delegaciones que visitaron Bujumbura durante esa etapa se entrevistaron con él, pero no con el presidente Ntibantunganya que estaba refugiado e incomunicado en la embajada de EE.UU.

El primer estado en reconocer públicamente a Buyoya como jefe de estado fue el Vaticano, en agradecimiento a que Buyoya, durante su primera gobierno dictatorial, había devuelto a la Iglesia Católica el patrimonio inmobiliario que en su día había confiscado Bagaza. El segundo estado fue Francia. Buyoya ha gozado además durante todo este tiempo de la concesión de préstamos por parte de Francia y del Banco Mundial, que sin duda le han ayudado a mantener la guerra y el poder.

De todos modos, pronto quedó patente que Buyoya no aportaría al país ningún tipo de estabilidad y que la guerra civil abierta se extendía y se endurecía, pese a los intentos de normalidad que el régimen se empeñaba en mostrar, sobre todo en Bujumbura, por ser ésta la zona del país que visitaban normalmente las delegaciones extranjeras.

En su esfuerzo por reconstruir la normalidad y mostrar un talante de apariencia democrática, Buyoya mantuvo abierta la Asamblea Nacional, pese a que gran parte de los parlamentarios elegidos en 1993 habían sido asesinados o estaban en el exilio. Además de nombrar como Primer Ministro a una persona de origen hutu, Firmin Ndimira, considerado por todos como una marioneta, también permitió que la Presidencia del Parlamento quedara en manos de un miembro destacado del FRODEBU, el también hutu Léonce Ngendakumana, que sobrevivió a varios atentados mortales y ejerció una función de aglutinante de la oposición interna y de denuncia hacia el interior.

Pese a que tanto el conflicto de Burundi como en general el conflicto de los Grandes Lagos era presentado como un enfrentamiento entre etnias, en virtud de lo cual los africanos se mataban por razones ancestrales que no tenían remedio y pese a que ese discurso había calado o servido de excusa a no pocas personalidades y estrados de la escena internacional para no mover un dedo en defensa de la democracia, lo que Buyoya y sus aliados internacionales no pudieron o no supieron prever es que la corta experiencia democrática del país y la herencia política de Ndadaye, basada en la democratización y la reconciliación interétnica habían cambiado al pueblo burundés, le habían devuelto parte de su identidad e incluso de su autoestima.

En Burundi, el discurso étnico fue perdiendo fuerza a favor de un discurso que definía la naturaleza del conflicto como eminentemente político, basado en la forma de poder y de gestión de los recursos del país. En este cambio han jugado un papel muy importante posturas de líderes significativos del FRODEBU y de la guerrilla surgida de su seno, el CNDD-FDD, que se ha negado sistemáticamente a discutir o negociar en términos del reparto del poder entre élites de origen hutu y tutsi, planteando abiertamente la cuestión de la naturaleza de ese poder, sus objetivos y sus estrategias de democratización y de desarrollo. Esas posiciones han tenido una gran trascendencia a la hora de abordar las negociaciones de paz formales.

Ante la inseguridad generalizada de inicios de 1995 en Burundi, se dieron una serie de intentos de mediación en el conflicto: Jimmy Carter a través de su Fundación, la comunidad de Sant Egiddio de Roma y dos reuniones en el Cairo y Túnez que motivaron

la nominación del Mwalimu Julius K. Nyerere como Falicitador del proceso de paz en Burundi.

Nyerere organizó entre los partidos mayoritarios FRODEBU y UPRONA, dos encuentros en la ciudad tanzana de Mwanza: Mwanza I y II, constatando-se que era imprescindible el envío de una fuerza regional de mantenimiento de la paz. Fue en este marco que en junio de 1996, un mes antes del golpe de estado, el Presidente legítimo Sylvestre Ntibantunganya solicitó dicha fuerza regional de forma solemne. Fue aceptada la petición por los Presidentes de la región, pero el 25 de julio Pierre Buyoya acabó con la aventura democrática y con las negociaciones de paz de Mwanza.

La continuación de guerrilla y una multitud de iniciativas internacionales aconsejaron en junio de 1998 que se retomasen las negociaciones globales de paz. Se escogió la ciudad tanzana de Arusha. La exclusión por parte de Nyerere de los dos principales movimientos armados, el CNDD-FDD y el PALIPEHUTU-FNL, dio pie a que dichos grupos se negasen posteriormente a firmar el Acuerdo de Paz de Arusha de 2000. Se acordó un alto el fuego entre las partes que no fue respetado y se constituyeron 5 comisiones de trabajo sobre la naturaleza del conflicto burundés y los problemas de genocidio y exclusión; la democracia y la forma correcta de gobernar; la paz y la seguridad; la reconstrucción y el desarrollo económico; y las garantías de cumplimiento de los acuerdos de las negociaciones. Las negociaciones se realizaron con la participación de observadores internacionales y la financiación corrió a cargo de algunos países del Norte y de la Organización para la Unidad Africana (OUA).

El 14-10-1999 moría en un hospital de Inglaterra el Mwalimu Julius Nyerere con el pesar de no haber podido dejar resuelto el grave conflicto burundés. El día 1 de diciembre del mismo año se designó a Nelson Mandela, ex-presidente de Sudáfrica y Premio Nóbel de la paz, como nuevo Mediador en el conflicto. Se mostró de inmediato mucho más exigente y movilizador a nivel internacional que Nyerere.

El debate abierto en Arusha entre el llamado G-10, formado por los partidos de apoyo al antiguo régimen y a los privilegios que éste les aportaba, y el llamado el G-7, formado por los partidos de la oposición política. conocida como la “Fuerzas de Cambio Democrático” culminó con el Acuerdo de Paz firmado en la ciudad tanzana de Arusha en agosto del año 2000, bajo la Mediación de Nelson Mandela y en presencia de los Jefes de Estado de la región, del propio Presidente de los EE.UU. y de representaciones de la E.U. y de la OUA.

En este acuerdo de Arusha se define la naturaleza del conflicto como de carácter político con importantes manifestaciones étnicas. Se pactan también unas formas de abordar la transición hacia un proceso democrático, basado en una alternancia de la presidencia de 18 meses y en un reparto de cargos políticos. También se refuerza la Asamblea Nacional con la inclusión de diputados elegidos entre destacadas figuras de la sociedad civil, algunas de ellas conicidas precisamente por su trabajo en defensa de la paz y de los derechos humanos, la cohesión social y la democratización del país, como es el caso del honorable Laurent Gahungu, de origen tutsi, presidente de la Asociación Burundesa de Defensa de los Derechos de los Presos (ABDP) o el de la honorable Mme Libérate Nicayenzi, fundadora de la Asociación para la promoción de los batwa o pigmeos (UNIPROBA) y viuda del único twa con estudios superiores ahorcado públicamente el 31 de julio de 1997 por el régimen, M. Stalislav Mashini.

Pese a que significó un paso de gigante en el proceso de pacificación, el Acuerdo de Paz de Arusha nació con una carencia importante: los grupos guerrilleros con presencia militar real dentro del país no formaron parte de la negociación y no firmaron

el acuerdo. Así y todo el poder político se fue recomponiendo, muchos exiliados empezaron a regresar a su país, se pusieron en marcha las instituciones de transición y se fueron cumpliendo poco a poco algunos plazos, como el inicio del Gobierno de Transición el 1 de noviembre de 2001, la creación del nuevo Senado y en mayo de 2003 la retirada de Buyoya de la Presidencia en beneficio del representante del FRODEBU y del G 7, Domitien Ndayizeye, de origen hutu. Pero, a pesar de estos pasos considerados de alguna manera como irreversibles, la guerra continuó activa.

Los grupos guerrilleros vivieron momentos peligrosos, especialmente tras el 11 de septiembre, en que se les intentó equiparar con grupos terroristas, pero la realidad se imponía. Tanto ejército como guerrilla manifestaban abiertamente que el triunfo militar de una de las partes era imposible, que la guerra podía tener una perspectiva indefinida y seguir desangrando el país si no se abordaban abiertamente y de forma seria auténticas negociaciones de alto el fuego. El cansancio se manifestaba también entre amplios sectores del ejército y de la oligarquía. Buyoya empezaba a estar cada vez más aislado. Las negociaciones directas entre el ejército y el CNDD-FDD se iniciaron y dieron un primer fruto en diciembre del 2002, con la firma de un "alto el fuego". Las dificultades para su aplicación fueron grandes, la respuesta de la comunidad internacional implicada en el proceso negociador no estuvo a la altura de las circunstancias y de hecho, en julio de 2003, Bujumbura vivió uno de los momentos más álgidos de la guerra. Pocos días antes del inicio de una nueva ronda de negociaciones entre ejército y CNDD-FDD liderado por Pierre Nkurunziza, el PALIPEHUTU-FNL dirigido por Agathon Rwaswa lanzó una ofensiva contra la capital que llegó a tocar el centro y los barrios del sur-este, considerados seguros hasta ese momento, provocando muertos y desplazamientos importantes de población. Pese a los desmentidos oficiales, algunas voces hablaban de estrategia conjunta de los dos grupos guerrilleros, CNDD-FDD y PALIPEHUTU-FNL.

El fin de la ofensiva terminó con el inicio de las anunciadas negociaciones en Pretoria (Sudáfrica). El resultado de las mismas parece positivo y es valorado por la población como el anuncio de un posible final del conflicto. Si Arusha suponía una recomposición del poder político, este nuevo acuerdo de "Alto el Fuego" se refiere sobre todo a las cuestiones relativas a la integración en el seno del ejército y la policía.

Según el acuerdo de compartir el poder, el grupo de Nkurunziza del CNDD-FDD) dispondrá del 40% de los puestos de mando del estado Mayor del ejército. La desmovilización y la reintegración de los combatientes se desarrollará progresivamente. La fase final de este proceso tendrá lugar después de la elección del gobierno.

Otra parte del acuerdo se refiere a la creación de una nueva policía. El 65 % del Estado Mayor de ésta estará formado por elementos del Gobierno de Transición y el otro 35 % provendrá del CNDD-FDD.

Entre las dificultades que ha sido necesario superar está la fuerte resistencia del CNDD-FDD a lo que ellos llaman la etnificación de las instituciones a través de un sistema de cuotas de carácter étnico hutu-tutsi. Paradójicamente, este debate le enfrenta a dirigentes del FRODEBU, a quienes acusan de haberles utilizado como elemento de presión para las negociaciones de Arusha y la composición de las instituciones de transición para arrinconarles una vez conseguidos una serie de puestos personales. Consideran también que este enfrentamiento demuestra la inexistencia de una causa hutu o de una causa tutsi y la necesidad de debatir sobre los contenidos y características del nuevo poder que se quiere construir, para evitar que las negociaciones sigan siendo un simple reparto del poder entre una élite política hutu-tutsi dispuesta a mantener los viejos esquemas de exclusión de la mayor parte de

la sociedad. Pretenden que el objetivo de las negociaciones sea construir un poder de carácter social y democratizador que oriente la acción política hacia el desarrollo y las mejoras de las condiciones de vida de la población.

Una incógnita aún no desvelada es qué papel va adoptar el otro grupo guerrillero que aún no ha entrado en negociaciones directas, el PALIPEHUTU-FNL de Agathon Rwansa. Queda por ver si se confirman las opiniones que aseguran que este grupo no pretende negociar y que simplemente dejará de actuar en la medida en que se cumplan los acuerdos establecidos entre el Gobierno de Transición y el CNDD-FDD, es decir, en la medida en que se haga realidad un cambio sustancial en el ejército y una reorientación del poder político.

LA INTERVENCIÓN DE LA ONG “VECINOS SIN FRONTERAS” EN ESTE PROCESO

La ONG de cooperación al Desarrollo “Vecinos Sin Fronteras” (VSF) nace precisamente ligada al conflicto de Burundi. Hay que decir que Mallorca, a través sobre todo de la Delegación de Misiones, tiene una presencia continuada en este país de más de 40 años. Por tanto, no era de extrañar que los sucesos de 1993 levantaran cierta expectación en la Isla, donde bastantes personas pasaron parte de su juventud en Burundi y son conocedores de su cultura e incluso de su lengua, el kirundi. Las primeras actuaciones se realizan a finales de 1993, a raíz del magnicidio del héroe nacional, Melchior Ndadaye. Se comenzó a actuar como Comisión de Solidaridad de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Palma con Burundi y en enero de 1995 se crea VSF como ONGD.

En la creación de VSF, orientada inicialmente a trabajar para Burundi, jugó un papel importante la implicación de la ONG en el área de trabajo de defensa de los derechos humanos y resolución pacífica de conflictos. Desde el principio, VSF, gracias sobre todo al origen histórico de sus fundadores, optó por una línea integral que superase la mera acción asistencial a las víctimas y se implicase en las causas profundas y en los procesos de democratización de este pueblo. Convencidos de que los problemas del subdesarrollo y de la violencia en los pueblos empobrecidos del Sur obedecen a causas políticas que dependen más de la voluntad humana que de ningún otro factor para ser superadas, no era posible mirar hacia otro lado mientras el pueblo burundés se desangraba intentando abrir nuevas vías hacia la democracia y hacia procesos de desarrollo global y mejora de las condiciones de vida de la población.

Era necesario hacer un trabajo de apoyo a las organizaciones locales que estaban trabajando en una línea clara de integración social y de defensa de los derechos humanos. Sobre todo el contacto frecuente de VSF con miembros significados de Amnistía Internacional ayudaron a VSF a comprometerse en dar un respaldo claro a los sectores demócratas, muchos de ellos amenazados de muerte, que seguían apostando por una solución pacífica. También era importante denunciar los abusos y violaciones de derechos fundamentales, los intentos de balcanización del país y a sus verdaderos responsables, así como la existencia de intereses ocultos, algunos de ellos estrechamente ligados a potencias internacionales.

Se emprendió una intensa actividad para sensibilizar a la opinión pública del entorno de VSF y a las instituciones autonómicas, estatales, europeas e internacionales sobre la necesidad de dar un apoyo claro a las fuerzas de cambio democrático y de adoptar medidas para detener el genocidio y abrir un proceso de negociación para alcanzar una paz efectiva y justa.

En este proceso se contó en todo momento con la ayuda y la implicación inestimable de la eurodiputada y presidenta del MPDL, Francisca Sauquillo. Gracias a ella se pudieron aprobar resoluciones importantes en el Parlamento Europeo y en la Asamblea Paritaria UE-ACP, se realizaron visitas de personalidades significativas al Forum Europeo de Prevención de Conflictos (FEPAC), a la Comisión de Cooperación y Derechos Humanos, entrevistas con la Sra. Emma Bonino, en su condición de Comisaria Europea en aquel momento, la adhesión de un nutrido grupo de eurodiputados (Francisca Sauquillo, Pierre Pradier, Monica Baldi, Bernard Stassi, Magda Alvoet, Cohn Bendit, Bernard Kouchner, Michel Rocard, entre otros) a la Plataforma "Europa por Burundi" (EPBUR) creada en Palma de Mallorca en 1996.

Es importante resaltar que VSF consideró fundamental que las intervenciones en esta área fueran siempre de carácter colectivo, tanto en el ámbito local como internacional, motivo por el cual impulsó desde el principio la creación a escala de Baleares de la "Coordinadora de Educación en Derechos Humanos y Prevención Activa de Conflictos" (CPAC), que llegó a agrupar hasta 18 organizaciones, con las que se organizó a principios de 1996 la "Marcha a Pie de Barcelona-Ginebra por la paz en Burundi y Rwanda", tal vez la acción más popular. En esta marcha jugó un papel importante las agrupaciones locales de Amnistía Internacional de los pueblos y ciudades españolas, francesas y suizas por las que pasamos. La marcha terminó con la entrega de cartas y la entrevista de representantes de las ONG's organizadoras con tres instituciones europeas.

En Ginebra, la entrevista se realizó con Ayala-Laso, Alto Comisario para los Derechos Humanos de la ONU, quien nos pidió que siguiéramos presionando para ayudarle a hacer posible el envío a Burundi de observadores en Derechos Humanos.

En París, la entrevista se realizó con el Director General de la UNESCO, Federico Mayor Zaragoza, quién encargó a VSF la organización de una visita suya a Burundi, realizada en el mes de abril del mismo año 1996, tres meses antes del golpe de estado.

Otro momento importante fue la creación en 1997, en el monasterio mallorquín del Secar de la Real, de la "Red Internacional por la Paz y los Derechos Humanos en Burundi" (RIB) activa hasta este mismo momento, que ha agrupado 18 organizaciones de Europa, África y América. El RIB ha realizado durante estos años una tarea importante de denuncia y de presión sobre instituciones internacionales y también sobre las partes en conflicto. Convocadas por el RIB se han celebrado en Mallorca diferentes jornadas, las primeras en enero y en noviembre de 2001. En este marco se encontraban por primera vez líderes al más alto nivel de los sectores de la llamada oposición política y de la oposición armada (CNDD-FDD y FNL). De estas jornadas salió un llamamiento a la unidad de la oposición frente a la dictadura y el genocidio y la necesidad de establecer un código ético de respeto mutuo.

También tuvo una significación trascendental el apoyo económico aportado en tres ocasiones por el Govern de les Illes Balears, a través de VSF, a las negociaciones de paz en Arusha, que hizo posible la primera reunión del G-7 y generó una propuesta unificada de la oposición al régimen que de hecho se transformó en la base del documento de Acuerdo de Paz firmado en Arusha ante los jefes de estado de la región, la Unión Africana, la Unión Europea, Nelson Mandela como mediador por parte de la ONU y el propio presidente Clinton.

Como puede valorarse, toda esta actividad de VSF resultaba bastante incompatible con su intervención directa en el interior de Burundi, hasta que la firma del Acuerdo de Paz de Arusha abrió de nuevo un espacio de intervención posible. La estrategia de

intervención actual de VSF en Burundi se centra de forma fundamental en la reconstrucción integral material y moral del país, a través del apoyo a organizaciones sociales significativas por su labor de integración y reconstrucción del tejido social y que están dispuestas a trabajar juntas y a compartir recursos y experiencias de forma complementaria y con total respeto a su identidad e independencia. Todas ellas trabajan y cuentan en su seno con personas catalogadas como tutsi y hutu. Una de ellas es además una asociación de batwa-pigmeos y orientada a la promoción de uno de los sectores más vulnerables y marginados del país. Su participación ha sido muy bien acogida por las demás organizaciones sociales, dando muestras de su voluntad real de trabajar por la integración de todas las personas que conforman este pueblo de la región de los Grandes Lagos.

Para llevar adelante la tarea de coordinación y garantizar la línea integradora, este mismo año se ha creado la ONG local "Abazimururo Bazire Imbibi" (ABI) que traducido significa "los que apagan el fuego junto (los vecinos) sin fronteras", como organización hermana con quien compartimos los objetivos generales y la línea de intervención orientada hacia la utilización de los proyectos y recursos como instrumentos para la defensa y promoción de los derechos de la persona humana, la democratización social e institucional y la integración social.

En noviembre del 2002, convocadas por el RIB, se celebraron unas nuevas jornadas en torno a la reconstrucción integral del país en las que participaron los diversos sectores políticos y sociales del país, desde los más próximos al régimen hasta representantes de los grupos de resistencia armada. En ellas se fijaron unos criterios claros que debían condicionar la ayuda para la reconstrucción y ofrecer garantías para que esta ayuda llegue realmente a sus destinatarios. En la clausura se hizo entrega a la Sra. Sauquillo de una propuesta de resolución sobre el tema que ella, como tantas otras veces, se comprometió a presentar ante la Asamblea Parlamentaria Paritaria UE-ACP.

ENTRE EL TEMOR Y LA ESPERANZA

En estos momentos Burundi se sitúa en el centro de una encrucijada fundamental para su destino a corto y medio plazo. Por un lado el temor a los diversos retos y obstáculos que aún se deben salvar para que el contenido de los diversos acuerdos de paz y de alto el fuego se materialicen en un cambio real del país capaz de consolidar el propio proceso de paz y de dar un impulso significativo a los procesos de democratización y de desarrollo, así como a la cohesión entre sectores sociales y a la recuperación de la confianza en sus propias instituciones renovadas. Por otro lado, resulta evidente que, pese a lo doloroso del proceso, Burundi ha cambiado de forma significativa y que el modelo de exclusión social practicado por la oligarquía post-colonial parece definitivamente agotado, aunque sólo sea porque se ha manifestado incapaz de asegurar la vida y el bienestar, no sólo para el conjunto de la población, sino incluso para aquellos a los que supuestamente protegía.

Sin duda, lo que ocurra en el marco general de los Grandes Lagos influirá en Burundi y no se puede dejar de lado el hecho de que las imágenes de matanzas indiscriminadas y desplazamientos masivos de población parecen haberse calmado bastante, en esta región quedan aún demasiadas heridas abiertas y otras cerradas en falso, demasiados intereses ocultos manipulando los procesos y, sobre todo, queda pendiente un modelo de explotación de sus enormes riquezas orientado al desarrollo interno y no al lucro de viejas y nuevas oligarquías y de potencias internacionales escondidas tras el caos creado como estrategia. Sin desarrollo y mejora de las condiciones de vida de la población será difícil que haya paz estable en la región.

El panorama en Burundi no es mejor. Sin ayuda internacional de interposición real, los núcleos que se resisten al cambio intentarán aún crear dificultades para, como mínimo, ralentizar o mermar la profundidad de esos cambios, para hacer que sean más formales que reales. Por otra parte, sin apoyo económico es muy difícil que Burundi pueda abordar la reconstrucción y la normalización. ¿De dónde saldrán los recursos para afrontar la disminución de sus fuerzas armadas, la integración de los miembros de los grupos de oposición armada, es decir, la reinserción en la vida civil de personas que hasta ahora sólo han aprendido a matar y al pillaje para poder sobrevivir, algunas de ellas escandalosamente jóvenes? ¿Cómo reinsertar en la sociedad a cerca de 30.000 militares y unos 7.000 miembros de los grupos de oposición armada que no tendrán cabida ni del ejército ni de la nueva policía?. ¿Cómo absorber el regreso de medio millón de refugiados sin tocar los intereses de quienes se han quedado y ocupado en muchos casos sus tierras y sus puestos de trabajo?.

El Estado tiene que dejar de ser el primer empleador fuera de la agricultura y la misma presión demográfica hace imposible que el 90% del país siga viviendo de la agricultura de subsistencia. Abrir el acceso a las aulas y a los empleos actuales, tradicionalmente reservados para una minoría privilegiada, a todos los sectores de la población sin discriminación alguna, por fuerza ha de crear tensiones, si estos recursos no se multiplican de forma importante, porque una de las vertientes de este conflicto tiene mucho que ver con el reparto de una tarta que resulta demasiado escasa.

Una pieza esencial de ese reparto es el de la distribución de los cargos políticos entre quienes estos años han luchado por el cambio democrático. El peligro de enfrentamiento entre el CNDD-FDD y el FRODEBU por el hecho de ocupar un espacio político similar puede ser importante, si no se pone por delante una visión global al servicio de criterios objetivos y del interés general. Otro de los peligros que no hay que dejar de lado es qué ocurrirá si la transformación del ejército se materializa y la oligarquía tradicional, a la que necesariamente habrá que retocar sus privilegios, ya no cuente con las fuerzas armadas para defender sus intereses. ¿Se resignará sin más o recurrirá a otro tipo de violencia menos formal, pero igualmente efectiva?.

Los conflictos en esta región durante la década pasada fueron un escándalo por su propia magnitud, pero pueden quedar indefinidamente como conflictos olvidados, mientras se mantengan un límites menos escandalosos, aunque no por ello menos dolorosos para quienes los sufren. ¿Están dispuestas las potencias e instituciones internacionales a comprometerse e invertir realmente en el desarrollo básico de esta zona del mundo?.

Por otra parte, en el Burundi profundo sigue emergiendo con fuerza el símbolo y la memoria del Presidente asesinado, Melchior Ndadaye. Aunque no todos los que reivindican su memoria son igualmente sinceros, lo cierto es que soplan vientos de reconciliación entre los diversos componentes de la sociedad burundesa, de integración nacional y de voluntad de paz. Esa oportunidad puede ser la clave de una nueva etapa histórica, si se tiene la capacidad y la voluntad de crear un Burundi para todos. Al menos nos queda la esperanza de que sus conflictos dejen de esconderse tras la máscara del etnicismo y comiencen a ser valorados como lo que son, verdaderos conflictos políticos, de lucha por el poder, cuya solución es fundamentalmente política, sin olvidar su carácter regional y la necesidad del apoyo internacional y de los amigos de Burundi.

Maribel Alcázar y Jaime Obrador
Vicepresidenta y presidente
de "Veïns Sense Fronteres"